

EL HUEVO

Stella Manaut

PERSONAJES : dos mujeres jóvenes, vestidas galácticamente.

ESCENOGRAFÍA : Muy sencilla. Pasean, se sientan en una especie de bancos. Se levantan.
Pasean

A -Siempre me he preguntado cómo podían soportar esos embarazos tan largos nuestras antepasadas

B – Desde luego ¡Que incomodidad! Nueve meses acarreando un feto. No me lo puedo ni imaginar.

A – Y, no sólo eso, sino después, el problema del parto

B - ¡Un horror! Mi abuela Carmen me contó que estuvo 12 horas dilatando y, a grito pelado.

A – Es lógico. La naturaleza ahí falló por completo. ¡Sacar un niño entero por un hueco tan pequeño!

B - ¡Que los huesos se tengan que separar para dejar paso a la criatura! ¡Espantoso!

A – Y, no sé si has oído hablar de un aparato de tortura que llamaban Forceps.

B – He visto algún ejemplar en el museo de los horrores ginecológicos.

A – ¡Una cosa tan grande introduciéndose por el cuello de la matriz hasta alcanzar la cabeza del niño!

B – No quiero ni pensarlo. Se me ponen los pelos como tornillos de rosca.

A – Y, además, a lo vivo; sin anestesia

B – Ni en las peores películas de torturas chinas.

A – Incluso, a veces, tenían que sacar a los niños abriendo las tripas de las pobres mujeres.

B - ¿Dormidas, supongo?

A – Dormidas, sí. Pero... Imagina la gracia. Luego, una cicatriz para toda la vida... Bueno, en aquél momento.

B – Sí, porque ahora, con pasar los “rayos xurbos” e, inmediatamente, desaparece toda marca en la piel.

A – Desde luego hemos tenido suerte de nacer en el siglo veintidós.

B – Ni una arruga, ni una enfermedad degenerativa...

A – Tenemos los hijos que nos apetece sin necesidad de tomar píldoras, ni ponernos dios, ni espermicidas, ni nada de nada.

B – Mi abuela cuenta que su marido se apeaba en marcha para que no se quedara embarazada

A - ¿En marcha? ¿De un autobús? No comprendo la relación que puede tener eso con un embarazo.

B –No, hija, quiero decir que, en el momento del orgasmo masculino, cuando el macho notaba que le llegaba la eyaculación, se apartaba para que el esperma cayera en la sábana.

A - ¡Vaya guarrada! Y ¡Vaya sistema!

B – Muchas veces fallaba, por una décima de segundo, pero fallaba y ¡hala, otro embarazo...!

A – También utilizaban algo que se llamaba método Ogino

B – Sí, un invento de un médico francés. Había que tener una regla muy exacta y luego, calcular los días no fértiles...

A – O sea que casi siempre fallaba

B – Mi madre, sin ir más lejos, es hija de Ogino.

A - ¿Y los abortos?

B – Por lo visto estuvieron prohibidos durante mucho tiempo, aunque la gente abortaba como podía. ¡Imagina, una familia con cuatro o cinco churumbeles y sin pasta, que les cae otro más!

A – Hasta agujas de hacer punto se clavaban las pobres mujeres para abortar, con hemorragias que muchas veces las llevaban a la tumba.

B – Las que podían, viajaban a Londres. Por lo visto se fletaban aviones todos los fines de semana. Naturalmente, de forma clandestina: billete de ida y vuelta en avión con aborto incluido.

A – Lamentable

B – Aunque también se sabe de médicos que practicaban el aborto clandestinamente

A – Y, si les pillaban, al paredón.

B – Algunos sí, no los que hacían abortar a las mujeres e hijas de los altos cargos del gobierno, del ejército, incluso a las amantes de algún que otro obispo, esos tenían total impunidad.

A – Claro, si les denunciaban podían largar...

B – Siempre las pobres mujeres pagando el pato.

A – Si no tenían ni para comer ¿cómo iban a ir a Londres, ni al cubano ese que tenía tanta fama en Madrid?

B – Un mundo al revés. Cuanto más pobre, más hijos. No importaba si podías o no mantenerlos, si iban o no al colegio, si andaban descalzos por la calle.

A – Y los ricos católicos dándose golpes de pecho y viajando a Londres.

B – Menos mal que todo eso cambió con la democracia.

A - Aunque con sus más y sus menos. Siempre la dichosa iglesia católica fastidiando.

B – Creo que hubo un montón de manifestaciones pro-vida el siglo pasado.

A – Sí, las niñas bien; las hijas de papá... ¡Ande y mantenga usted a mi hijo si tanto se empeña en que nazca! ¡Y búsqieme también una niñera y una criada para que cuide de todos mientras mi marido y yo vamos a trabajar!

B - Hemos tenido suerte de nacer en esta época.

A – Desde que pudimos transformarnos en ovíparas, todo ha cambiado mucho y, para bien.

B – Si queremos un hijo, ponemos el huevo y lo mandamos a incubar

A – Pues, cuando decida tener un hijo, quiero ser yo la que lo incube. Me parece mucho más auténtico

B – Sí, pero ¡qué latazo! A no ser que tu compañero de turno te ayude, porque cuatro meses calentado el huevo, son muchos meses.

A – No sé lo que haré llegado el momento...

B – Pues ya te lo digo yo... Llevarlo a la incubadora municipal. Si no, al tiempo.

A – Lo bueno de ser ovípara es que cada mes ponemos un huevo y, esté o no esté fertilizado, o bien lo incubas o bien, lo tiras... Incluso, puedes comértelo en caso de necesidad.

B – Proteína pura. Ha sido la solución para la mayor parte de los países africanos... Claro, aquellos en que las mujeres han tenido acceso a la transformación, que no en todos.

A - ¡Siempre siguen siendo las más pobres las que pagan el pato!

B – Con lo cómodo y práctico que es este sistema.

A – Al principio, hubo sus más y sus menos.

B – La iglesia, como siempre, poniendo trabas

A – ¡Que si Dios dijo que hay que tener todos los hijos que Él quiera...! Que eso de poner huevos va contra-natura! ¡Que el matrimonio es para siempre y para procrear! Y zarandajas por el estilo.

B – Claro que no pudieron con las clases progresistas. ¿Qué más les dará a ellos? Todo el que desea tener un hijo lo tiene, cuando le da la gana y cuando puede.

A – Y, encima, es una forma de acabar con el hambre en el mundo porque un huevo humano hay que ver lo que cunde.

B – Frito puede ocupar, más o menos, una paella para doce.

A – Y, no te digo nada si lo mezclas con patatas y cebolla.

B – Sí, pero a ver quién es el guapo que le da la vuelta.

A – Es cuestión tan sólo de dividirlo en diez porciones... Vamos en diez tortillas y ya está.

B – Lógico... Mucho más fácil, igual que si le pusieras seis huevos de gallina.

A - ¿Cuándo tienes la próxima puesta?

B – Dentro de una semana. Y, me viene fatal porque he de viajar a Nueva York y tengo miedo de “poner” en el viaje.

A – Eso tiene fácil solución. Tú misma puedes inyectarte una dosis de lay egg-retard, o lay egg-speed : retrasar o adelantar la puesta según tus necesidades.

B – La verdad es que nunca lo he probado y me da un poco de cosa...

A – No te preocupes. Yo, como tengo tanto trabajo y viajo con frecuencia, lo hago, prácticamente cada mes.

B – Pues hija, te privas de un placer increíble ¡Y, encima, hay que ver lo a gusto que te quedas cuando lo sueltas!

A – Eso sí... Llega el momento y necesitas absolutamente apretar para que salga.

B – ¡Tan suave, tan blandito, tan ajustable al cuello de la matriz ¡

A – A mi madre, que nunca lo ha probado porque ya le pilló el cambio bastante mayor, le digo que es como cuando tienes un retortijón y cagas a gusto.

B – Sí, el algo parecido, pero todavía más placentero

A – Casi tanto como un orgasmo

B - ¡Tampoco exageres, hija...! Claro que, depende de con quién estés copulando

A – Por supuesto... Hay hombres y hombres...

B – Yo noto inmediatamente cuando voy a ovular porque se me pone el vientre tenso y me cuesta trabajo cerrar los pantalones.

A – Pero luego... ¡Maravilloso! Por cierto, ¿tú donde sueles poner?

B – Según me pille. Si estoy en casa, me siento en el wáter y pongo debajo el “nido de Williams”

A - ¡Sí...! ¡El “William’s nest”. ¡Menudo invento! Americano tenía que ser el tal William y de la Universidad de Siracusa, nada menos. Allí están los mejores.

B – Antes resultaba incómodo aunque te pusieras debajo una palangana. El plástico resulta frío para un momento tan íntimo.

A – Y, luego tenías el problema de que se te rompiera el huevo si no lo dejabas endurecer lo suficiente.

B – Claro que, si se te rompía, al wáter y ya está.

A – De acuerdo... Pero, de cualquier forma, prefiero donarlo. Puede salvar muchas vidas. También hay mujeres que quieren tener un hijo y no pueden poner huevos.

B – Mi amiga Carmen, sin ir más lejos. Yo misma le regalé uno de mis huevos fecundado artificialmente por su marido. ¡Es más rico el niño! Me pidieron que fuera su madrina y, accedí.

A – Nada más lógico.

B – El problema es cuando sientes que vas a poner y te pilla en el autobús o, peor todavía, en el metro.

A – Ahora en algunas estaciones han instalado un ponedero municipal para esos casos.

B – Y, en cada barrio. Está bien organizado. Eso, si no pones el huevo en uno de los andenes del metro, como le ocurrió a Maribel en el wodafone-sol de Madrid ¿Te contaría el bochorno que pasó?

A - ¡Pero si iba con ella en ese momento! “¡Que no puedo más, que no puedo más...”, decía la pobre yo, venga a distraerla para que tuviera tiempo de llegar al ponedero...

B – Todo fue inútil.

A – Puso el huevo nada más bajar del vagón. Como es lógico tuvo que quitarse las bragas delante de todo el mundo y soltarlo en el suelo de cemento, tan sucio, lleno de escupitajos, rodeada de gente...

B - ¡Qué horror! Menos que llamaste a los de eggs’emergency?

A – Sí, claro. Vinieron al momento. Es un servicio que funciona muy bien. Se hicieron cargo del huevo, lo depositaron con extremo cuidado en un egg nest auxiliar y le preguntaron a Maribel, en primer lugar, si estaba fecundado. Ella les dijo que no; que era su óvulo mensual y que podían disponer de él. Creo que los mandan a Africa a través de la ONG “save you with our eggs”

B – Sí, es una ONG muy competente: “Sálvese con nuestros huevos”. Un nombre muy apropiado.

A – En el fondo a mí me haría ilusión tener un hijo.

B – Pero, ¿con quién? Que yo sepa no tienes pareja ni nada parecido.

A – Ese es el problema... Claro que podría pedirle al marido de mi amiga Carmen que me fecudara un huevo.

B – No creo que le hiciera mucha gracia a su mujer.

A – Lo fecundaríamos igual que hicimos con mi huevo-hijo-ahijado.

B – Supongo que no le importará. Al fin y al cabo tú les echaste una mano cuando quisieron ser padres.

A – Además, es un tipo genial: alto, guapo, rubio, culto, amable, inteligente, ingeniero, buen amante...

B - ¿Qué dices de buen amante? ¿Acaso lo has probado?

A – Lo siento... Me fui de la lengua...

B – A ver, desembucha rica, que aquí hay gato encerrado.

A – La verdad es que me daba pena que el hombre se fuera solito a la clínica y se masturbara con un tubo en la mano... ¡Es desolador!

B – Con lo cual pensaste que sería mejor beneficiártelo in situ.

A – En un despiste de la enfermera me metí con él en el cuartito de hand ejaculations...

B – Sí, vamos... en el de eyaculaciones a mano... ¿Y?

A – Pues que le apagué el family-porno-film y le ofrecí mi cuerpo serrano.

B - ¿Y él lo aceptó, así, sin rechistar?

A - ¡Qué cosas tienes! ¿Cómo iba a rechazar una vagina como la mía entrenada con bolas chinas durante años...? Lo pasó estupendamente y, encima, fecundó mi huevo... Vamos, el que iba a ser su huevo.

B – Y la enfermera ¿qué dijo?

A – No me vio ni entrar ni salir del cuartito. Se extrañó, naturalmente, de que su probeta estuviera vacía... Él se excusó diciendo que le resultaba imposible masturbarse con una sola mano...

B – Supongo que Carmen no se enteraría.

A – No. Fue un secreto entre él y yo... ¡Más bajo! Ella pensó que habían fecundado mi óvulo como siempre se hace, inyectándome de inmediato el esperma en la matriz.

B - ¿Y no le has vuelto a ver?

A – Por cariño hacia Carmen y hacia el niño... Aunque, no creas que no me he quedado con ganas... ¡Un portento, hija, un portento! De los poquitos que he conocido y, mira que han pasado hombres por mi vida. Eso sí, tuvo el detalle de regalarme la película de nuestro encuentro que filmó con su Smartphone-three-dimensions XIHm4 .

B – ¡Anda que como se lo pille Carmen!

A – En primer lugar, Carmen no es de las que andan rebuscando en los móviles del marido. Bastante tiene con trabajar y atender al niño. Además él, que es muy prudente, lo copió en su “inexpugnable computer modelo AL69”, a prueba de curiosos.

B - ¿Me lo enseñarás?

A –Ni lo sueñes... Es algo íntimo.

B – Hija, como eres... Pues, o me lo enseñas, o me chivo.

A - ¡Eres mala, malísima...! ¡Está bien... Tu ganas...! Vamos a mi casa...

B – No, a tu casa no... Mejor a la mía que tengo una televisión de 500 pulgadas, con pantalla curva y rainbow extremelly colours. Una pasada

A - ¡Me va a dar un corte! ¡tan grande!

B – A estas alturas de la vida, con ciento veinte años cumplidos, no creo que te asustes de nada.

A – ¡Qué razón tienes, querida! Por cierto ¿Cuándo cumples tú los doscientos?

B – El mes que viene... Pero, anda, vamos, no perdamos más tiempo...

SALEN